

Fácilmente se formaron un partido contra semejante administracion los Reyes Pipino y Luis, y el mismo Lotario se arrepintió de las promesas que habia hecho á la Emperatriz (1). Creyó esta disipar la tempestad poniendo á la frente de los negocios á Bernardo, conde de Barcelona, muy acreditado en el imperio, grande hombre de guerra, emprendedor y atrevido, para quien todo se creía que era cosa fácil. Pero el genio soberbio del conde, exaltado con el nuevo favor, y la indignidad con que excluyó de los empleos á todos los hombres de bien, con su fausto en medio de la miseria pública, las concusiones y violencias para juntar dinero, acabaron de irritar los espíritus, y proporcionaron plausibles pretextos á la envidia de Lotario. Como el Emperador Luis habia conferido á Bernardo la dignidad de mayordomo mayor, que era entonces la primera del reino, como tal y como gran maestro de palacio tenia á su cargo, en comun con la Emperatriz, el detalle de la casa imperial, lo que le proporcionaba frecuentes correspondencias con la Princesa. De esto tomaron ocasion para calumniar su trato; y la negligencia y simplicidad del Emperador, la figura del conde, y mas que todo el odio general, hizo que el público lo creyese. Los personajes más graves, como un Pascasio Ratberto, doctor de los más famosos de su tiempo, que llegó á ser abad de Corbia, llegaron hasta imputar á este ministro la intencion de quitar

(1) *Ann. Met.* 829. = *Ann. S. Bertin.* 830.

la vida al Emperador y á sus tres hijos del primer matrimonio para casarse con la Emperatriz.

El ilustre y piadoso Vala que todavía era abad de este monasterio, y no estaba contento con la corte, no se pudo librar de la credulidad: y en el supuesto peligro del estado hizo mérito de no atender á las impresiones de la carne y de la sangre, declarándose contra el conde Bernardo que era su cuñado (1). Hilduino, abad de San Dionisio y archicapellan, Jesé, obispo de Amiens, los santos arzobispos de Leon y de Viena, Agobardo y Bernardo, con otros muchos personajes distinguidos por su clase y sus virtudes, entraron tambien en esta artificiosa faccion, creyendo que así se declaraban por el bien público y por el servicio del Emperador. ¡Tan peligroso es que los prelados, por ilustrados que sean, se metan en los negocios seculares, en los que por no tener los talentos de estado caen muchas veces en descuidos más deplorables que los de los grandes del mundo.

51. Estos egemplares arrastraron el torrente de los señores: todos fueron á Compiègne con los gefes de la conspiracion, mientras el Emperador estaba en Bretaña, ocupado contra los bretones que pretendian substraerse de la dominacion francesa. Con esta noticia perdió la cabeza, y cuando el conde Bernardo le podia ser útil, le separó de sí, y fue á la asamblea de los conjurados á ponerse á discrecion de sus hijos. Desde luego le obligaron á que hiciese tomar

(1) *Vit. Val.* cap. 10. = *Theg.* cap. 36. et 37.



el velo á la Emperatriz encerrándola en el monasterio de Santa Radegunda de Poitiers, para que allí hiciese penitencia. Despues quisieron que el Rey se hiciese monje, y como mostrase mucha repugnancia, y el espectáculo de un Soberano tratado indignamente empezase á mover el corazon de los franceses, dispusieron poner á su lado varios monjes para que por via de persuasion le empeñasen en lo que deseaban. Entre ellos hubo un hombre generoso, hábil y de resolucion, llamado Gundebaldo (1). Este pensó en restablecer su Emperador, y le comunicó su pensamiento; pero el Príncipe se puso pálido de susto á la primera proposición, y no mirando mas que el peligro de la tentativa, creía que se veía muerto si consentía, ó por lo menos cortado el cabello en forma de cerquillo. Viendo el monje que no se movía Luis con el atractivo de la corona, le acometió por otra idea análoga á la blandura de su carácter: le habló de la Emperatriz, y le dijo, que habiéndola hecho religiosa por fuerza, no impedian las leyes de la Iglesia que la sacase del convento. La ternura despertó el valor, consintió el Príncipe en la empresa, y Gundebaldo, suponiendo pretextos, fue á abocarse con los Reyes de Aquitania y de Baviera. Estos dos estaban irritados contra Lotario su hermano mayor, porque se habia abrogado con altivez la disposicion de todas las cosas sin darles parte en el fruto del comun atentado, y sin dignarse de tomar su consejo. Fácilmente los persuadió Gundebaldo, que el yugo

(1) *Nithard. hist. lib. 1.*

de un hermano imperioso era menos sufrible que el de un padre que no tenia mas culpa que su demasiada bondad. Habló tambien á los señores y á los obispos, y los enterneció con la viva pintura de la mansedumbre y beneficencia del infeliz Emperador. Al punto fue á verse con Lotario que le tenia por suyo, y le empeñó fácilmente en juntar un parlamento para que se reconociese legalmente su autoridad en presencia del viejo Emperador, añadiendo que no podia menos de ponerse en el número de los Reyes holgazanes, como indigno de mandar á la illustre nacion de los franceses. Todos los grandes y los mismos Reyes sus hermanos le obedecian ciegamente para apartar toda sombra de desconfianza.

Convocó Lotario el parlamento en Nimega, prohibiendo á los señores que fuesen armados, á persuasion de los monjes, de quienes se creía asegurado, y le pareció que no tenían otra mira que la de asistir tan fuertes como los seculares. Los Reyes de Aquitania y de Baviera, á quienes el Emperador habia prometido en secreto aumentar sus mayorazgos, no dejaron de asistir. Viéndose Luis con tan fuerte apoyo, se presentó como Soberano, y sin dejar á Lotario tiempo para proceder á la confirmacion de su tiranía, arruinó todas sus maniobras con el tono de imperio que desde luego tomó, y los golpes de autoridad que dió sobre la marcha. Desterró al abad Hilduino con pretesto de que habia llevado gente armada contra lo mandado. Le quitó tambien seis abadías, y el empleo de archi-capellan, dándosele

á Foulque , abad de Jumiega , y despues á Drogon , obispo de Metz. A Vala le dió orden de retirarse á su monasterio , y desde allí le llevaron á las orillas del lago de Ginebra , y le encerraron en una caverna inaccesible : á Jesé de Amiens le depusieron sus colegas en el episcopado. Cuando vieron que el Emperador no temia , todo el mundo le temió ; y el atrevido Lotario , á pesar de los consejos de sus ministros que le incitaban á las últimas violencias , tembló delante de su padre y de su Soberano , se arrojó á sus pies y le pidió públicamente perdon.

Solo se necesitaba un poco de constancia en mantener esta resolucion para que la autoridad de Luis fuese siempre respetada , pero presto volvió atrás. A la verdad ya no trató á Lotario de Emperador , pero dijo que le perdonaba , y le dejó su reino de Italia. Concedió igualmente el perdon á la mayor parte de los culpados , se contentó con condenar á algunos al destierro , y poco despues dejó que los desterrados volviesen á presentarse en la corte. Aunque conservaba afecto á la Emperatriz Judit , hizo escrúpulo de volver á tomarla por esposa , porque habia llevado el velo , á lo que él pensaba que estaba vinculada la profesion religiosa. La seguridad de su autoridad calmó sus escrúpulos retirando las tinieblas con que las facciones tenian encubiertos los verdaderos principios de la razon. Los obispos determinaron que la profesion forzada de Judit era nula , y habiendo confirmado esta decision el Papa , primer intérprete de las leyes canónicas , corrió la Emperatriz á presentarse en una

asamblea convocada en Aquisgran para justificarse de los delitos con que la habian calumniado (1). Preguntó al pueblo si queria alguno ser su acusador , y ninguno se presentó : y despues la admitieron á purificarse con el juramento , segun las leyes francesas. Ofrecióse por su parte el conde Bernardo á justificarse con el desafío , y no atreviéndose nadie á sostener tan peligrosa acusacion , se le admitió al juramento. No pudo conseguir mas con su favor , pues la Emperatriz , que recobró la estimación con ventajas , no le volvió á mirar ; ó porque la ausencia y el peligro habian estinguido una pasion real , ó lo que es mas cierto , porque nunca existió la tal pasion sino en el odio público y en las tiránicas altiveces del conde , á quien por último abrieron los ojos las desgracias de Judit.

Mas no utilizó con moderacion y secreto su ascendiente sobre el espíritu de su esposo el Emperador (2). Aun ardia el fuego de la sedicion ; y los castigos que ordenó egecutar juntamente con las gracias indiscretas , multiplicaron las causas de la murmuracion sin disminuir el número ni el poder de los mal-contentos. Aumentaron algun tanto sus dominios los Reyes Luis y Pipino , mas despues no se pudo formar un reino para el jóven Cárlos sin volver á tomar algunos estados de éstos. Despojado del título de Emperador el ambicioso Lotario , y reducido al limitado poder de Rey de Italia , estaba mas descontento que

(1) *Annal. Met. et Bert.* 829. et 830. (2) *Astron. ann.* 833. *Nith. lib. 1. Thegan. cap. 42.*

antes; por lo que los tres hermanos hicieron causa común siendo tan contrarios sus pensamientos, y formaron una liga contra la Emperatriz, divulgando los mas despreciables rumores contra ella, y afirmando que no asestaban sus tiros contra el Emperador, antes bien su intencion era preservar á este Príncipe y á su imperio de la próxima ruina.

52. Lotario, que no queria errar el golpe, se valió de un espediente el mas capáz de disminuir el horror á los ojos de los pueblos, y asegurar el buen éxito. Procuró convencerlos que se hallaba autorizado por el Papa, y para esto empeñó á Gregorio IV que pasase con él de Italia á Francia, dándole á entender que se trataba de procurar la paz entre el padre y los hijos, y restablecer el buen orden en todo el imperio. Partió el Papa en esta persuasion, y llegó al mismo tiempo que Lotario al sitio que éste habia señalado á sus dos hermanos en una vasta llanura de Alsacia entre Basilea y Strasburgo. En pocos dias se vió todo aquel pais cubierto de tropas de los tres Príncipes, y su padre el Emperador juntó tambien un egército capáz de derrotarlas, si hubiera sido tan fiel como numeroso. Al principio hubo muchas negociaciones entre los dos partidos, mediando señores y obispos, pero cada partido procuraba sobre todo tener de su parte al Sumo Pontífice. Por último avanzaron los dos egércitos uno contra otro para salir de la querella que siempre se quedaba indecisa á pesar de los congresos y de las cartas. El Emperador estaba resuelto á dar la batalla, pero en vez de oprimir

á unos hijos sublevados, cuando sus gentes permanecian fieles y no pedian mas que vengar sus injurias, por delicadeza, ó mejor diré, pusilanimidad de su conciencia, todavía hizo una nueva tentativa con aquellos hijos desnaturalizados para no cargarse con las funestas consecuencias de la batalla; y así les envió una especie de manifiesto en el que les hacia presente, que pisaban los derechos sagrados de la naturaleza y de la religion. Se quejaba sobre todo de que no dejaban que fuese á visitarle el padre común de los fieles, siendo así que él siempre habia honrado con sinceridad á la Silla apostólica, y se gloriaba de protegerla hasta el último suspiro.

De aquí tomó ocasion el artificioso Lotario para divertir al buen Emperador y disminuirle las tropas. Le dijo al Papa, que tenia toda libertad de pasar al campo imperial, y que nada se deseaba tanto como una sincera reconciliacion. Entonces el Sumo Pontífice, seguido de una numerosa comitiva de obispos, pasó entre los dos egércitos sin que nadie se apresurase á recibirle. Estaba ofendido el Emperador de que el Papa no le fuese á visitar antes que á sus hijos. Entró el Papa en las filas, y acercándose al Emperador le dió su bendicion, asegurándole que el amor á la paz habia regulado todos sus pasos. Vos, dijo el piadoso Emperador, no sois recibido con los honores que por costumbre han hecho entre nosotros á los Papas; pero confesad que vuestra conducta es muy diferente de la de vuestros antecesores. Sabed, le respondió el Papa, que yo sigo el mismo espíritu, y

respiro como todos la paz que Jesucristo nos dejó. Se empezó despues á tratar de negociacion conferenciando por algunos dias, despues de los cuales remitió el Emperador á los tres Príncipes el Pontífice, suplicándole que volviese á concluir el convenio. Pero Lotario, que era el alma de la liga, y habia tenido tiempo para disponer cuanto meditaba, no permitió que el Papa volviese.

Con estas negociaciones fingidas consiguió corromper ó intimidar las tropas de su padre, de modo que fue general la desercion. En pocos momentos se vió Luis casi solo, y muy cerca de ser asaltado de algunos furiosos, cuyos gritos oía, pidiendo unos su muerte y otros su deposicion. Este desgraciado Príncipe abandonándose á sí mismo, y no conservando mas sentimientos generosos que los de su estremada bondad, dijo á los pocos señores que se habian quedado con él: id tambien vosotros á rendiros á mis hijos, porque no quiero yo que vuestra fidelidad sea causa de vuestra perdicion. Fue, pues, en persona á ponerse en manos de sus pérfidos hijos, llevando consigo á la Emperatriz Judit y al Príncipe Cárlos, cuyas desgracias sentia mas vivamente que las suyas propias. Inmediatamente se formó un nuevo tratado de reparticion entre los tres hermanos, y quisieron que le aprobase el abad Vala, á quien habian sacado de su retiro con repugnancia suya, y éste despues de haberle leído, dijo suspirando: ¡ay! de todo se ha cuidado menos de los intereses de Dios! Reflexion tardía sobre un desenlace que era fácil precaver, pues

es la salida ordinaria de las rebeliones, aunque lleven el colorido de los mejores pretextos. Se retiró, pues, con amargura de su corazon, dejó el reino, y fue á encerrarse en el monasterio de Bobio en Italia, en donde trabajó con eficacia por la reparacion de su falta, y por el restablecimiento del Emperador. El Papa por su parte tomó el camino de Roma con una especie de desesperacion, por haber precipitado esta catástrofe por los mismos medios que le parecian mas propios para evitarla. A la Emperatriz Judit la enviaron prisionera á Tortona en Italia: á su hijo Cárlos al monasterio de Prum en las Ardenas, y al Emperador Luis al monasterio de San Medardo de Soissons. Al sitio donde se le hizo al Príncipe una traicion tan indigna, le llamaron el campo de la mentira.

Por entonces señalaron una junta general de la nacion, que se habia de celebrar en Compiègne el primer dia de Noviembre de aquel año 839, para formalizar legítimamente lo que tan tumultuariamente acababan de hacer. Parecia que no era bastante triste la suerte del infeliz Emperador, mientras no pareciese que la merecia. Abandonó Lotario el proyecto que no le salió bien de hacerle monge; pero para quitarle toda esperanza de volver al trono, resolvió añadir la infamia á la desgracia, haciéndole su proceso en forma en la junta de la nacion, sujetándole á la penitencia pública por sus pecados, suponiendo, que segun los cánones era inhábil para volver á tomar las armas, ni tener parte en los negocios del es-

tado, siendo esto una falsedad, aun respecto de los particulares, para los que esta especie de ejercicios solo eran prohibidos mientras duraba la penitencia; pero jamás pretendieron los cánones comprender á los Soberanos en una prohibicion que tan visiblemente seria en perjuicio del estado. Lotario, pues, procuró convocar muchos señores legos, y muchos obispos y abades que estaban sacrificados á él ciegamente. No obstante, hubo muchos á quienes no habia trastornado el vértigo de la faccion, y siempre perseveraban dispuestos en favor de su legítimo Soberano. Pero en los momentos de crisis y fermentacion, no se necesita mas que un genio de cierto carácter que haga prevalecer la ilusion, y quite estos débiles apoyos á la inocencia desgraciada.

53. Ebbon, arzobispo de Rems, hombre indefinible por las opuestas cualidades que juntaba, poseía altamente el talento de agradar á los potentados sin principios, con el de seducir ó intimidar á sus colegas, é imprimir una especie de respeto, ó á lo menos de llevar á donde queria á los mismos que no lo estimaban. Como habia nacido en la esclavitud manifestaba mayor altivez y amor á dominar cuanto mas temia que se acordasen de la bajeza de su origen. No es decir por esto que no tuviese prendas propias para ocultarla, ni que el mérito tanto como sus maniobras no hubiese contribuido á su elevacion. El Emperador Luis cuando no era mas que Rey de Aquitania, le habia sacado de la servidumbre, le habia provisto de abadías, y por último le elevó á la gran

Silla de Rems, por su poco discernimiento en la distribucion de las plazas honoríficas, de lo cual nunca tuvo motivo para arrepentirse. Ebbon, susceptible de todas las formas sin conservar ninguna por algun tiempo, pareció que merecia su fortuna antes de mostrarse indigno de ella. Fue sucesivamente cortesano rendido y cumplimentero, misionero celoso por la conversion de los bárbaros, hacha de viento de la discordia y de la rebelion, pero siempre espíritu inquieto, enredador, corazon ingrato, prelado tal vez sanguinario y de costumbres perdidas, pues le acusaron de impureza y de crueldad (1). En una palabra, mostró que era indigno ministro de un Príncipe tan desnaturalizado como Lotario, á quien vendió sus servicios por el sacrílego precio de la rica abadía de San Vast de Arras.

54. Como presidente de la junta de Compiègne, por la parte á lo menos que llamaban concilio, exaltó como un declamador entusiasta el poder episcopal, y sin distincion de objetos exageró tambien los supuestos excesos de su Soberano, y concluyó en ponerle en penitencia todo el resto de su vida. Los otros obispos de la junta todos incurrieron en la cobardía de subscribir á su parecer, y al punto señalaron el dia y el lugar de una escena tan estraña. En el mismo mes de Octubre fueron al monasterio de San Medardo de Soissons, señalado para prision del Emperador depuesto. Hubo un concurso de pueblo tan extraordinario, como el espectáculo que le oca-

(1) *Fled. lib. 2. cap. 20.*

sionaba: y el infeliz Emperador apareció en medio de la multitud como una víctima que iba á ser sacrificada. Se postró sobre un cilicio estendido en el suelo delante del altar, se confesó públicamente reo de muy grandes delitos, pidió por ellos penitencia para merecer la absolucion como él decia, de los que tienen del cielo el poder de atar y desatar. Se deshacia la gente en lágrimas; pero los obispos de la faccion no teniendo todavía por suficiente la amargura de esta humillacion le dijeron, que no se sorprendia de aquel modo las gracias del Señor, y que si queria conseguir el perdon de sus culpas, era necesario que hiciese de ellas una confesion circunstanciada. Le pusieron en la mano un escrito, que contenia en ocho artículos los falsos delitos con que convenia á la faccion desacreditarle, y le obligaron á leer el papel en voz alta, reconociéndose antes culpado en todo cuanto estaba escrito, lo que él hizo rogándole con sus lágrimas: despues se lo volvió á los obispos, y estos lo pusieron sobre el altar. Hecho esto, se quitó el Emperador el talabarte, le puso tambien sobre el altar, se desnudó de las vestiduras reales, recibió el hábito de penitente, y él mismo se le vistió. Acabada esta odiosa ceremonia, llevaron á Luis á una celda del monasterio en donde le dejaron con buena guardia. Los rostros de todos se cubrieron de tristeza y confusion, y cada uno se volvió á su casa con el mas triste silencio.

Advirtiéndolo Lotario que su atentado no era aplaudido, quiso justificarle á los ojos del pueblo, y co-

municar á todos los órdenes del estado el contagio del fanatismo y sublevacion. Compusieron una relacion con los motivos de quanto se habia hecho, y la publicaron como un manifiesto justificativo de aquella serie de horrores. Pero esta publicacion produjo un efecto totalmente contrario al que se prometian, porque escitó la indignacion de todos los que no tenian parte, ni interés en los hechos de los rebeldes. Detestaron los autores de una maniobra tan abominable, y ellos mismos empezaron á avergonzarse de ella, y aun se observa que ningun obispo se atrevió á firmar relacion tan detestable. Todos empezaron á llorar un Príncipe que solamente era infeliz por su excesiva bondad, y por la perfidia de los que mas la habian experimentado. El mismo exceso de sus desgracias le abrió el camino para salir de ellas.

Entretanto Lotario, que solamente escuchaba á su genio imperioso, se puso á disponer de todo, sin atencion á las pretensiones de sus hermanos, y viendo que se habia mudado la disposicion de los corazones, por temor de que le quitasen á su padre, le llevó á Aquisgran, en donde le trató peor que en Soissons. Ya los sentimientos de la naturaleza sostenidos con los motivos de interés, vencieron en el corazon de los Príncipes Luis y Pipino, y se coligaron los dos contra Loatrio, el cual huyó de la Germania asustado, y fue á París con el Emperador su prisionero; pero allí vió á los franceses mas mudados contra él, y leía en todos los rostros la pú-